

SERVICIO, *no* DOMINIO

por Jim Stier

Debemos tener clara la función que debe desempeñar la iglesia como institución en el proceso de discipulado de las naciones. La iglesia no debe asumir las funciones de otras instituciones de poder para convertirse en clase dominante. La iglesia debe ser, entre otras cosas, una voz profética y amorosa de conciencia y sabiduría para todos los procesos en los que se halla inmersa una sociedad. Debe quedar claro que no ha de sacar provecho de su participación directa en las esferas cuando habla a las mismas; de otro modo, los conflictos de interés, ya sean reales o imaginarios, debilitarán la autoridad de la iglesia. Cuando la iglesia ha sobrepasado su función, violando su ámbito de actuación e intentado producir cambios mediante la coacción, la sociedad se siente oprimida y el reino de Dios pierde terreno.

No obstante, aunque la iglesia como institución haga un mal servicio a la causa de Cristo cuando intenta gobernar otras esferas de influencia, los individuos que esta institución envía a la sociedad constituirán parte integral de otras esferas. Como seguidores de Cristo, influirán en todas las esferas, no con un espíritu de dominio, sino de amor servicial. Estos son los caminos de Dios.

Si intentamos forzar una «solución final» sobre la sociedad, corremos el riesgo de apropiarnos de las instituciones de poder y usarlas de una manera perversa para perseguir a los que se nos oponen. La historia abunda en este tipo de casos. Debemos discipular a las naciones con el espíritu y los métodos de Jesús. Él podía haber aplastado toda oposición, pero en vez de ello murió. Al hacerlo estableció una autoridad moral inquebrantable y nos abrió el camino a todos para lograr la paz con Dios. Aunque nadie podía verlo todavía, su reino venció.

Si nos apartamos de los métodos de nuestro Señor y recurrimos a la fuerza, la duplicidad, la violencia o la manipulación, el reino de Dios estará ya muerto en nosotros y habremos perdido la batalla. Debemos continuar sirviendo por el Espíritu, en verdad y con amor constante.

Nos enfrentamos a una tarea casi infinitamente compleja, difícil de definir. Puede ser

engorroso incluso tratar de abordar pequeñas partes de ella. Pero no debemos permitir que las ideas vagas inspiren una abstención fatalista. En vez de ello, debemos prestar mucha atención a las instrucciones que Dios nos dé para actuar en el tiempo presente.

No importa cuán lejos lleguemos o que no acertemos a transformar las naciones, la propia iglesia necesita realizar un esfuerzo constante para intentarlo. Desde una vida esforzada invocamos fervientemente la gracia de Dios para que nos capacite. Si le buscamos con todo nuestro corazón, creceremos en sabiduría y santidad. Aunque nuestros valores sean desafiados y nuestros principios fallen en medio del conflicto con otras religiones, ideologías, entidades espirituales e intereses políticos o económicos, somos constantemente estimulados a examinar, fortalecer, redefinir y desarrollar un entendimiento de nuestra obra en el reino de Dios. Nuestra dependencia en el Dios vivo aumenta si reconocemos que no podemos hacer nada sin depender de él.

¡Qué desafío más grande puede haber que el de Isaías 61:1-3! Con todo, Cristo vino y cumplió esta misma escritura (Lucas 4:21). Para comprender plenamente nuestra función en el reino de Dios, debemos mirar a aquel que hizo lo imposible.

Dios no nos enseña a esperar el cielo, en donde, por fin, se cumplirá su voluntad. Él nos inspira a orar y actuar para que su voluntad sea hecha en la tierra en este momento. Hemos de ir en la autoridad de Jesús y discipular a las naciones, enseñándoles a aplicar sus enseñanzas en sus vidas y sociedades.

El evangelio del reino es enteramente relevante y extraordinariamente poderoso. Dios nos promete en Isaías 9:7 que el avance del reino es inevitable. ¡El celo de Dios lo llevará a efecto! Él está comprometido. Es todopoderoso. Es nuestra esperanza y nuestra motivación para hacer todo lo que podamos. Mateo 6:10 ha de ser nuestra oración y nuestro propósito: «Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».

Los dos artículos anteriores han sido adaptados de Dean Sherman, «The Church and the Kingdom» y Jim Stier, «Reflections on the Kingdom», en *His Kingdom Come: An Integrated Approach to Discippling the Nations and Fulfilling the Great Commission*, ed. Jim Stier, et al. (Seattle: YWAM Publishing, 2008), 175-181, 461-465.